

1. La llegada

TERESA

El jardín tiene un paseo largo. El paseo es blanco, de losas grandes y lisas, recién lavadas. A la derecha, hay una carretilla. A la izquierda, sólo césped.

La Casa, agobiante y oscurecida por el tiempo, el humo y las lluvias, se me viene encima al avanzar por el paseo. La puerta es negra, de madera muy gruesa. Tiene un llamador antiguo de posada o convento, que evidentemente no se usa, porque bajo el llamador hay un timbre negro, rodeado de un brillante cerco dorado.

—No me espera nadie. He llegado demasiado pronto. ¿Puedo ver a Miss Dudley?

Las maletas pesan mucho, tiran de mis hombros. Tengo las manos rojas y doloridas. A lo largo del viaje, mover estas maletas ha sido mi gran pesadilla.

La puerta de la Casa se cierra tras de mí. Una nueva puerta se abre. En la biblioteca hay una blanda penumbra de cortinas, alfombras y divanes. Los libros, adormecidos en los estantes, llenan de silencio la habitación. Sobre la chimenea un cuadro grande, de tonos verdes y grises, extiende un torbellino de agua y niebla a su alrededor. Es un puente sobre el Támesis. Mejor dicho, una extraña perspectiva del río desde un pilar del puente.

Son las siete y media de la tarde y seguramente nadie viene a la biblioteca a estas horas. Sobre las mesas pequeñas y redondas de los rincones, las revistas y los periódicos del día se entremezclan en desorden.

El silencio, los sillones oscuros, profundos y tentadores para mi cansancio, la tumultuosa bruma de la pintura sobre la chimenea, todo llega hasta mí, me envuelve y me adormece en estos lentos minutos de espera. El sillón más cercano me atrae y me hundo en él con las manos en los bolsillos de la gabardina. Dejo caer la cabeza hacia atrás. Ya estoy aquí. Y ahora... la puerta se abre con suavidad. Me levanto, la mujer que ha entrado sonrío y me tiende la mano. Tiene los ojos y el pelo grises, es delgada y viste un traje de lana marrón.

—¿Miss Dudley?

—¿Teresa? —pregunta ella a su vez.

Concentro en el inglés todas mis fuerzas.

—He venido antes de lo que pensaba. Afortunadamente todo se arregló bien, al final.

—Me alegro mucho, porque estábamos necesitando su ayuda. ¿Quiere venir conmigo?

Las dos maletas y el bolso esperan mi último esfuerzo. Miss Dudley se empeña en coger una. El ascensor alivia mis manos. Cuarto piso.

MISS DUDLEY

Al bajar las escaleras, Lucila va pensando en la cena. Ha sido un día agotador de caras nuevas, problemas de alojamiento, sonrisas a todo el mundo. Al llegar al segundo piso, Lucila se asoma a la ventana del descansillo.

«Es preferible bajar andando —piensa por millonésima vez—. Subiendo y bajando en ascensor se pierde este minuto mágico ante la ventana abierta».

Del río viene un aire fresco, con una olorosa mezcla de humo y árboles mojados. Desde la ventana, abierta en la fachada principal de la Casa, se ve el puente. Lucila se ajusta las gafas montadas al aire y se apoya un momento en el alféizar de ladrillo.

Después de diez años de vida rutinaria en la Casa, Lucila sigue encontrando nueva e inesperada la ventana del segundo piso. El pelo gris, escaso y corto, rizado sin gracia en las puntas, se le alborota levemente.

Pasa un remolcador con grandes números rojos en los costados. Lucila Dudley no sabe bien por qué se asoma a esta ventana, por qué siempre se detiene aquí un minuto. No puede decirse que piense en nada determinado. No es que ella recuerde o añore algo ante el río. El pasado de Miss Dudley es una nube vaga en la que aparecen a veces rostros neblinosos y muy lejanos. No hay nada hiriente en la nube de los recuerdos. Miss Dudley siente por el paisaje que enmarca la ventana una atracción puramente física, una necesidad de mirar y respirar. Es algo parecido a lo que le sucede con el césped cuando trabaja en el jardín: un tremendo deseo de absorber su frescor, de acercar la cara a la hierba para olerla y tocarla.

Distraídamente, Miss Dudley deja la ventana y sigue bajando las escaleras. Las sandalias chancletean en la madera. En la planta baja hacen crujir el suelo encerado hasta la puerta de la Secretaría. Cuando se deja caer fatigada en su silla de trabajo, el gong suena, cercano y amortiguado, anunciando la cena.

DELIA SOTO

—Ha llegado una española, Miss Soto.

Al entrar en el gran salón, Miss Dudley había alcanzado a Delia Soto. Ésta la saludó con su extraño inglés cadencioso e incorrecto.

—Buenas noches, Miss Dudley.

Los ojos ligeramente oblicuos de la uruguayana inquietaban a Lucila. Los ojos negros y vivarachos estaban demasiado juntos, apenas si los separaba el puente afilado de la nariz. Miss Dudley los esquivaba siempre que podía. Y no eran sólo los ojos; también la sonrisa de aquella boca grande, de dientes separados, le hacía sentirse desconcertada.

«Es una india —se decía—. Una india americana».

Lo pensaba para poder despreciarla y liberarse de la incomodidad de sus propias sensaciones. Pero la «india» extremaba con ella su amabilidad y le preguntaba cada día por su jardín, la compadecía por su mucho trabajo y se sentaba a su lado si, como sucedía ahora, coincidían en el comedor.

—Ha llegado una española, Miss Soto. Podrá usted hablar con alguien en su idioma. Será agradable.

Lucila estaba ante el mostrador del gran salón y extendía su mano izquierda para coger el plato que le tendía la camarera. Con la mano derecha se sirvió de la fuente caliente: pudding de queso. La uruguayana, un poco apartada, esperaba su turno.

—¿Una española? Sí, será agradable. ¿Cómo se llama?

—Teresa. Teresa... algo.

—Ya.

Con su plato lleno en la mano, Delia fue a sentarse en la mesa de Miss Dudley. La noticia de la secretaria apenas le interesó. ¿Una española? Significaría más cuidado en las conversaciones por teléfono con Romualdo, más cuidado cuando Romualdo viniera a comer al gran salón. Practicar castellano no sería agradable, como creía Miss Dudley. El tiempo volaba y ella debía aprovecharlo más con el inglés. Perdía demasiadas horas hablando castellano con Romualdo.

«Le llamaré en cuanto cene. ¿Habrás salido o estará trabajando como me prometió? Hoy no estaba c o n t e n t o . Habrá tenido carta de allá... No avanza mucho en su t r a b a j o . No estoy tranquila. Le llamaré enseguida.»

—Buenas noches, Miss Soto.

—Buenas noches.

Delia se sobresaltó. Se dio cuenta de que tenía casi entera la ración de pudding. Miss Dudley, sin embargo, ya había terminado su segundo plato y se levantaba para marcharse. Delia se levantó también y fue hacia el mostrador. Tendió el plato de pudding a la camarera y cogió uno limpio y caliente de la placa de su izquierda. Buscó con la mirada la fuente del dulce.

—Aquí, Miss Soto, aquí la tiene usted.

Sonriente, Louise, la camarera, le acercaba una tarta pastosa, espolvoreada de azúcar.

—Gracias, Mrs. Childs. Un trozo pequeño.

—¿No le gusta la cena?

—Sí, pero estoy desganada.

En aquel momento entraban dos residentes que se acercaron al mostrador buscando sus platos y sus servilletas. Delia sonrió de un modo mecánico y se retiró a su mesa con la tarta.

Instintivamente miró al fondo del salón, bajo el coro, donde estaban las mesas de los invitados.

«¿Las ocho ya y todas vacías?» De pronto recordó. «Es viernes. No hay invitados.» La tarta era pesada y dulce. Delia pensó que Romualdo no soportaba la cocina inglesa. «Mañana voy a proponerle que vayamos a cenar al Soho, a cualquier restaurante francés. Habrá música y Romualdo se pondrá sentimental. Es conveniente que los hombres se pongan de vez en cuando sentimentales.»

Delia bebió su vaso de agua y se levantó. Decidió llamar enseguida a Romualdo. «No quiero pensar que haya salido.» Su falda roja, de mucho vuelo, giraba rápida, se le venía toda a uno y otro lado del cuerpo al deslizarse entre las mesas sorteándolas en su camino hacia la puerta.

La cabina del teléfono, al otro extremo del pasillo, parecía libre. Al pasar junto al saloncito, Delia vio en un ángulo alejado de la puerta a Miss Dudley tomando café con una anciana residente del primer piso. Delia no tomaba café. No resistía el café recocado de la Casa ni la «agradable sobremesa» de charloteo insulso entre las residentes. Miss Dudley también vio a Delia Soto, y su imagen fugaz, cruzando por el hueco de la puerta, la hirió un instante. El rojo era un color insultante y plebeyo en opinión de Miss Dudley. El rojo y la piel oscura eran símbolos que Lucila asociaba inconscientemente a gente inferior, a cromos antiguos de esclavos del Imperio. Delia y sus trajes pertenecían a un mundo de siervos emancipados.

«América —pensó una vez más la secretaria de la Casa— sigue sin civilizar». Y se refugió en la deliciosa conversación de Miss Stappleton, especialista en Historia de Inglaterra y residente distinguida —su cuarto daba al río, en el primer piso—. Miss Stappleton exponía a Lucila, razonándola, su preferencia por la porcelana de Limoges.

En la cabina de teléfonos, Delia Soto marcaba por segunda vez unas letras y unos números. Al otro extremo del hilo, la llamada se repetía aburrida e insistentemente. Con el auricular apretado contra la oreja, haciéndole daño, Delia esperaba tensa el corte en seco del irritante timbre, la voz familiar interrogando. No contestó nadie. Lentamente, con los ojos llenos de lágrimas, mordiéndose los labios, fue separando el teléfono de su cara. El timbre seguía llamando. Esperó un minuto más. Luego, colgó; rabiosa y sin preocuparse de recuperar los peniques de la llamada, salió al pasillo. La camarera venía del salón con una bandeja en la mano. La cena había terminado y Louise iba al saloncito a recoger los servicios de café a medida que fueran quedando libres. Al acercarse a Delia, sonrió.

—Buenas noches, Miss Soto.

Delia cruzó hacia el ascensor.

—Buenas noches, Mrs. Childs.

Louise admiró la falda de Miss Soto. Miss Soto le recordaba las películas de Carmen Miranda que tanto le gustaban a Charlie. Los trajes de Miss Soto eran como los de la artista brasileña, de los mismos colores vivos y alegres.

Louise se preguntó si en el país de Miss Soto se bailarían la samba. Tarareó unos compases del Tico-Tico. Entró en el saloncito.

Al detenerse en el segundo piso, Delia giró el resorte de la puerta del ascensor. Con la mano todavía en él, hizo fuerza hacia la derecha y fue plegando los muelles de hierro. Salió y desde fuera arrastró el acordeón metálico con un movimiento brusco a su posición de seguro. Alguien lo reclamaba desde abajo, porque, inmediatamente, empezó a descender.

Delia dudó un momento y bajó dos peldaños para ir a apoyarse en la ventana abierta del segundo piso. La idea

de refugiarse en su habitación a las ocho y media de la noche le dio escalofríos. Imaginó lo que iba a suceder. Daría vueltas por el cuarto solitario. Se miraría en el espejo. Se encontraría delgada y envejecida. Londres la estaba destrozando; día a día se sentía peor. A pesar de Romualdo, en el otoño se marcharía. Era imposible soportar otro invierno de clima duro y malas comidas. Tenía que cuidarse. Los años asomaban cada noche a las arrugas del rostro, al peso de la espalda, al dolor de la cintura, al cansancio de las piernas.

El río estaba en aquel momento desierto. Delia sintió que el aire fresco le hacía bien. El pelo negro y lacio se le adhería, húmedo, a las sienes, le caía sobre la espalda. Delia percibió el roce y se irritó. «Mañana me peinaré con moño.»

El río estaba desierto y la luz de la tarde recorría la superficie acerada del agua. Inesperadamente se encendió una luz roja en una casa de la otra orilla. La luz estremeció de frío a Delia; decidió ir a buscar un chal y volver luego a mirar el río. Su cuarto era el segundo a la derecha del ascensor. Giró la llave y la puerta se abrió. La habitación estaba casi a oscuras. Los cristales con visillos dejaban pasar una luz turbia. La ventana daba a una calle y la habitación no tenía, en ningún momento del día, la claridad de los cuartos que miraban al río. Avanzó hasta el armario, empotrado a los pies de la cama, y lo abrió. Un olor denso de perfumes distintos y ropa usada se esparció por el cuarto. En la puerta del armario, por dentro, había un espejo. Delia lo evitó. Buscó el chal en los estantes revueltos. Medias, jerséis, pañuelos, cartas. Lo fue arrojando todo sobre la cama, despejando espacio para la búsqueda. El chal no estaba allí. Echó una ojeada alrededor, sobre las sillas y la butaca. Los zapatos se alineaban detrás de la puerta. En una silla había una taza con restos de té frío.

En la mesa, papeles, libros y frascos de tocador. «Está todo muy desordenado», observó.

El olor del armario abierto se había adueñado de la habitación. Delia olvidó el chal y se sentó en la cama. Apoyó la cabeza en las manos y con sus dedos calientes fue recorriendo las arrugas de la frente. Acariciante, estiraba una y otra vez la piel, borraba momentáneamente los surcos paralelos y profundos.

La habitación estaba ya por completo a oscuras. Delia Soto escondió la cabeza entre los brazos y se echó a llorar.

LOUISE

Al entrar en el saloncito para recoger los últimos servicios, Louise estiró inconscientemente su traje negro. Había engordado un poco esta temporada. Charlie también lo había notado.

El salón estaba silencioso y abandonado. Las tazas del café aparecían distribuidas en desorden por las mesas, sobre el piano, en la repisa de la chimenea. En los ceniceros, todavía humeaban las colillas. Louise se inclinó a recoger una cucharilla que asomaba bajo un sillón. Al agacharse, la cintura se negaba a obedecer. Louise se irguió con esfuerzo y dejó la cucharilla sobre la bandeja. Respiró. Decididamente estaba engordando. Charlie le gastaba bromas acerca de esto. «Ya no soy una niña. Mejor dicho, casi soy una vieja.» Recordó los preparativos de la boda. Ella sería la madrina. Parecía imposible que Dick fuera a casarse tan pronto. Era un niño, había sido un niño en sus brazos hasta hace poco tiempo. ¿Cómo podía casarse ya? Distraída, Louise entró en el office del gran salón. Dejó

sobre la mesa de mármol la bandeja cargada de platos y tazas. En un estante, al lado de los platos, descansaba su bolso. Lo abrió pensativa y tanteó el paquete de Player's. Quedaba sólo un cigarrillo. Se lo puso en los labios, estrujó el paquete vacío y se sentó en el único taburete del office.

Dick tenía veinticuatro años y su novia, veinte. Cuando Louise y Charlie se casaron, ella tenía veintidós y él, veinticinco. Era algo muy distinto.

Buscó la caja de cerillas en su delantal y encendió el cigarrillo. Tiró al suelo, lejos de sí, el paquete vacío y con los ojos cerrados aspiró el humo, lenta, deleitosamente.